

Rusia y el Cáucaso: las zonas de tensión

Nora Sainz Gsell

*Profesora Titular de Relaciones Internacionales
Investigadora del Instituto de Estudios Internacionales e Interculturales
Universitat Autònoma de Barcelona*



En 2009, vigésimo aniversario del actual sistema internacional, se cumplió también un año de la primera guerra del siglo XXI en el ámbito de la denominada *Nueva Europa*. El conflicto, protagonizado por dos Estados europeos surgidos en la post-Guerra Fría, tuvo como escenario a la región, histórica y tradicionalmente, más turbulenta del continente y específicamente, de la antigua Unión Soviética (URSS), el Cáucaso. El enfrentamiento entre la Federación Rusa y Georgia, en agosto de 2008, que dio lugar a “la guerra de los cinco días” y a la posibilidad de recrear escenarios pasados, una segunda Guerra Fría (Ferrari, 2008), no hizo, sin embargo, más que confirmar y consolidar dos dinámicas progresivas desde el fin de la bipolaridad en el área mencionada:

Rusia otorga al Cáucaso una gran importancia estratégica en el ámbito de su política exterior y en su zona de vecindad, como núcleo duro del área de seguridad de protección de sus intereses

- La ratificación de la importancia estratégica que Rusia otorga al Cáucaso en el ámbito de su política exterior y en su zona de vecindad, como núcleo duro del área de seguridad de protección de los intereses rusos. La intervención armada de Moscú en un Estado de la región, corrobora el grado de fortalecimiento y consolidación del proceso, iniciado por Putin y mantenido por Medvédev, de “rusificación” persistente del diseño e implementación de la mencionada política, destinada a la recuperación por parte de la Federación de su condición de actor independiente en la política mundial. Así, el Cáucaso aparece como el marco idóneo en y desde el que se articula la estrategia de re-emergencia de Rusia como gran potencia.
- La continuidad creciente de la relevancia de la región en la política mundial. En este sentido: se valida su centralidad iniciada desde la desaparición de la URSS y se mitiga, en parte, su calidad de “agujero negro” (vacío de poder que se produce tras el fin del orden soviético) ante el afianzamiento del poder de Moscú, frente a la presencia y actividad de distintos actores internacionales; se multiplica el valor económico-estratégico que tiene como corredor energético, es decir como vía de salida de los recursos (petróleo y gas) existentes en el área y en tanto que nexo de comunicación entre los mares Caspio y Negro; y se evidencia, una vez más, como constante estructural, el alto grado de inestabilidad de la región producto de una conflictividad casi “endémica” y multicausal que corrobora la condición enquistada y secular del Cáucaso de espacio de “Gran Juego”, de generador de políticas de poder y de lucha de potencias por su control y dominio, circunstancia que se profundiza a partir del 11-S.

El espacio ex soviético, configurado en torno a un centro -Federación Rusa- y una periferia -resto de repúblicas que integraban la antigua Unión Soviética- presenta tres grandes modelos de confrontación. Los conflictos y/o crisis que enfrentan a la periferia con el centro, ejemplos en este sentido, son las disputas entre la Federación y Estonia y Letonia por la situación de las minorías rusas en sus territorios, la que mantiene con Moldava en relación a la región separatista del Transdnieéster, o la más reciente, la de Georgia. Los conflictos que tienen lugar en repúblicas periféricas, como fue la guerra civil en Tayikistán, o que enfrentan a repúblicas periféricas entre sí, no con el centro, como la disputa entre Armenia y Azerbaiyán por el territorio del Alto Karabaj; en los que la Federación Rusa ha desempeñado diferentes papeles, mediador, gestor, aliado, enemigo, etc. Por último, las crisis que afectan al propio centro del espacio ex-soviético, como las guerras secesionistas en Chechenia. En el Cáucaso convergen todos los tipos de conflictos.

El Cáucaso: un “rompecabezas” internacional

La región, habitada aproximadamente, por casi 33 millones de personas está integrada por tres repúblicas, Armenia, Azerbaiyán (incluye a la Región autónoma de Alto Karabaj y la República autónoma de Najicheván), Georgia (formalmente con las Repúblicas autónomas de Abjazia y de Adzharia y la Región autónoma de Osetia del Sur) y una serie de repúblicas autónomas integradas en la Federación Rusa, Adigueia, Chechenia, Ingushetia, Daguestán, Kabardino-Balkaria, Karachevo-Cherkesia y Osetia del Norte; así como dos territorios (“krai”), Krasnodar y Stavropol y un “óblast”, Rostov, bajo soberanía rusa, que configuran un mosaico de unidades político-administrativas.

A la diversidad política se suma la pluralidad etnolingüística, la existencia de casi un centenar de pueblos y lenguas, hace que al Cáucaso se lo conozca como *Djabal al-alsun*, la montaña de las lenguas. La complejidad histórico-cultural es otra peculiaridad de la región, caracterizada por la presencia Otomana y del Islam, (que se estableció especialmente, en territorios armenio y azerí, mayoritariamente cristianos), a la que siguió la de Rusia. Potencia que, paulatinamente, fue conquistando el Cáucaso desde el siglo XVIII, incorporando el reino de Georgia (1801), los territorios que se obtuvieron en el contexto de la guerra contra Irán, obligado a ceder parte de Azerbaiyán y Armenia, (1813 y 1823), con la sumisión de los pueblos del Cáucaso Norte (1826-1864) y con la anexión de territorios cedidos por Turquía (1878). A diferencia de lo sucedido en otras partes, como Asia Central, el Cáucaso, no fue jamás pacificado. En el ámbito soviético, la región fue inestable y se “ordenó” en repúblicas federadas (que habían gozado de cierto grado de independencia) y autónomas (con gobiernos propios pero subordinados a Moscú). Se aplicaron los criterios de neutralizar los nacionalismos, y de trazar fronteras artificiales que con el tiempo serían las causas de conflictos abiertos (Alto Karabaj, Osetia del Sur, Abjazia, Daguestán). Las aspiraciones independentistas en el Cáucaso, emergieron en el ámbito de la *Perestroika*. En 1991, el proceso de desintegración de la URSS, alentó distintas iniciativas dirigidas a favorecer y desarrollar la identidad política y cultural de los pueblos de la región, que en algunos casos (armenio, azerí y georgiano) culminó con el nacimiento de nuevos Estados y, en otros, con proclamaciones de independencia fallidas (República de Chechenia-Ingushetia).

En la post-Guerra Fría, la zona cobró valor económico y estratégico por la existencia importantes reservas de petróleo y gas, en torno al Mar Caspio, pasando a constituir parte del “complejo geo-económico estratégico de seguridad”, conformado por el Cáucaso, el Mar Caspio y Asia Central Así, el control de las reservas, de la producción, de la evacuación y de la comercialización del petróleo y del gas -oleoductos y gasoductos- constituye, el meollo de las relacio-

Para las entidades caucásicas los recursos energéticos conforman la base de sus economías, a la vez que, determinan en gran medida el marco de sus relaciones regionales e internacionales

nes en el área y de las rivalidades de las potencias regionales y mundiales con intereses en los hidrocarburos. Para las entidades caucásicas los recursos energéticos conforman la base de sus economías, a la vez que, determinan en gran medida el marco de sus relaciones regionales e internacionales ya que se puede hablar de cierta complementariedad económica “forzada”, en especial, en torno al petróleo y al gas.

De las antiguas repúblicas soviéticas del Cáucaso y ribereñas al Caspio, Azerbaiyán es un Estado productor, al igual que la Federación Rusa (existen yacimientos en Chechenia y en Daguestán), pero la relevancia de este último Estado radica en que es corredor de salida del crudo azerí. Georgia, con escasísimas reservas se ha encargado del refinado y prioritariamente de la evacuación de los hidrocarburos tanto de su vecino azerí, como del petróleo del mayor productor de la región, Kazjastán y del gas de Turkmenistán, a través de sus puertos principales, Poti y Batumi, siendo Armenia la que queda fuera del juego energético (si bien este Estado es zona de paso “natural” de los recursos del Caspio a Occidente, el conflicto del Alto Karabaj que enfrenta a Ereván con Bakú, ha imposibilitado un acuerdo de tránsito entre ambos). Tanto para los principales inversores extra-región ya sean Estados y organizaciones internacionales (Estados Unidos, Reino Unido, Francia, Noruega, Turquía, Unión Europea (UE), etc.) como empresas transnacionales (BP, Chevron, Eni-Agip, Exxon, Shell, StatoilHydro, Total, TPA, etc.) como para los países por cuyos territorios salen al mercado energético mundial los hidrocarburos de esta macro-región, (Georgia, Turquía, China, Irán en un futuro) la estabilización de la zonas en conflicto aparece como un elemento prioritario en la agenda político y económica, en especial para Rusia y la seguridad de su frontera sur.

Rusia: ¿qué política para el Cáucaso?

Para la Federación el Cáucaso forma parte de su círculo vital de seguridad denominado “extranjero cercano” (lo que se ha calificado de “Doctrina Monroe” a la rusa), que coincide con la actual Comunidad de Estados Independientes (CEI). Moscú formuló unos objetivos muy claros respecto a ese área de seguridad: afianzar su presencia como potencia hegemónica frente a los intentos de penetración de otros actores regionales (Turquía, Irán, China, UE, Alianza Atlántica (OTAN)) y mundiales (Estados Unidos); preservar una situación de dominación económica (controlando los recursos y las relaciones comerciales), luchar contra el terrorismo, el separatismo y el fundamentalismo islámico y asegurar la defensa de los derechos de las poblaciones de origen ruso. Este modelo de seguridad con reminiscencias soviéticas en

términos de hegemonía y repensado para la llamada *Nueva Rusia*, es un elemento de continuidad creciente en la política llevada a cabo por las tres presidencias rusas en post-Guerra Fría, actuando el Cáucaso como “catalizador” de dicha estrategia.

A la primera época de la presidencia de Yeltsin (1991-1999), caracterizada por la transición política, la disgregación del poder central, la pérdida de influencia en la periferia del Estado, la persistencia y el predominio de políticas (iniciadas en la *Perestroika*) destinadas a adecuar a la Federación a las pautas de organización de Occidente (pluripartidismo, economía de mercado, etc.) y a facilitar la cooperación con su actores (ingreso en el G-7 que se convierte en el G-8, participación en el Banco Mundial, en el Fondo Monetario Internacional, en el Consejo de Europa (CdE), en el Consejo Rusia-OTAN) que, permitiría hablar de cierta “afinidad” entre política exterior rusa e intereses occidentales, pone fin, en 1994, el conflicto en Chechenia. La primera guerra en la república caucásica y la gestión llevada a cabo por Moscú, criticada internacionalmente, constituye un punto de inflexión, de cambio, en la política de la Federación. La adopción de una nueva estrategia de endurecimiento, de replegamiento y de aislamiento, enfocada en destacar y fortalecer los valores e intereses tradicionales próximos a Moscú y la reubicación de Rusia como potencia internacional, son las líneas que marcan el comienzo del proceso de “rusificación”, de la política, tanto a nivel interno como internacional, que será consolidado durante la presidencia de Putin (1999-2008).

El programa de gobierno de Putin, se articuló en la rehabilitación de la imagen interior y exterior del Estado, la recuperación del papel internacional (que en su día tuvo la URSS) y fundamentalmente, la recomposición de la unidad territorial bajo el nacionalismo ruso (De Andrés, 2006), siendo el Cáucaso, el gran laboratorio de aplicación de esas políticas. La llegada de Medvédev (2008) al gobierno, no supuso cambios de fondos, al contrario, significó una clara ratificación de la línea política seguida por su antecesor (ahora como primer ministro). La represión militar primero y el posterior apoyo de Moscú al gobierno pro-ruso (Ramzan Kadirov) en Chechenia mediante grandes inversiones federales para la reconstrucción y estabilización de la república; el uso de la fuerza ante la agresión georgiana y como límite a la presencia occidental en su zona de interés básico; la presión ejercida por la Federación a Estados productores (Azerbaiyán, Kazajstán) en la evacuación de los hidrocarburos que pasan por su territorio (control de los recursos), son ejemplos de la política aplicada por Moscú en el área. Así, la consolidación de las áreas de seguridad, la política independiente sin subordinación y la diplomacia de coerción se convierten en algunos de los rasgos definidores de la política exterior rusa.

Para la consecución de sus objetivos la Federación potenció y promovió, con diferente éxito, instrumentos y marcos de cooperación multilateral que le permitiesen materializar sus intereses. Los diferentes conflictos y crisis que afloraron al desaparecer la URSS y que se prolongaron en el tiempo, en particular en el Cáucaso, incidieron de manera negativa en la marcha de la CEI (1991), la primera organización impulsada por Moscú con el fin de convertirse en un espacio de cohesión y de concertación de políticas entre las repúblicas (a diferencia de Armenia que fue miembro originario, Azerbaiyán y Georgia se incorporan *a posteriori*, por la presión rusa).

Desde el punto de vista económico, los intentos de la Federación, el gran socio comercial y el principal mercado para la mayoría de las repúblicas, de potenciar agrupaciones regionales no funcionaron. Si bien en el gobierno de Putin, se adoptaron políticas económicas más activas con las repúblicas y se reformularon los espacios de cooperación económica existentes (Organización de Cooperación Centroasiática) que alcanzarían ciertos logros, las repúblicas del Cáucaso nunca formaron parte de foros económicos de cooperación con Rusia, a diferencia de otras (Belarús, Ucrania, Kazajstán, Kirguistán, Tayikistán). Las ya de por sí difíciles relaciones de Tblissi y Bakú con Moscú, hizo que éste, como parte de su estrategia, privilegiara las relaciones unilaterales en materia económica, siendo Armenia, el país más dependiente de la ayuda rusa, el mayor beneficiario de los intercambios económicos.

En materia de seguridad y defensa, Rusia propició en el marco de la CEI, la firma del Tratado de Seguridad Colectiva (Tashkent, 1992). El Tratado, del que no participaron Ucrania, Moldova, Turkmenistán y que en 1999 abandonarían Azerbaiyán, Georgia y Uzbekistán (los Estados con mayores dificultades en sus relaciones con la Federación), posibilitó la presencia militar rusa de forma permanente en algunos Estados, como Tayikistán, dada su proximidad a Afganistán.

Asimismo, la guerra afgana, la situación en el Cáucaso y el terrorismo internacional, servirían como catalizadores para replantear las relaciones de seguridad en el área, proponiendo Moscú, sobre la base del Tratado la creación, en 2003, de la Organización del Tratado de Seguridad Colectiva (OTSC), que se convertiría en la primera organización formalizada de seguridad en la post-Guerra Fría para el espacio ex-soviético (Armenia, Belarús, Kazajstán, Kirguistán, Rusia y Tayikistán). En el marco de la OTSC los Estados han encaminado su cooperación hacia la creación de una Fuerza Colectiva de Reacción Rápida y en la puesta en marcha de un Programa Conjunto para la Lucha contra el Terrorismo y el Extremismo, uno de los principales objetivos de Moscú en el Cáucaso ante el Islam radicalizado (wahabismo) o la posible presencia de células de Al-Queda en el Cáucaso

Norte. Desde la OTSC, Moscú ofrece, además, a sus asociados, la mayoría gobiernos autoritarios, garantías de seguridad y estabilidad internas (por ejemplo, ante protestas y movimientos críticos por la situación de los derechos humanos en esos países), obteniendo a cambio lealtades políticas y ventajas estratégicas. Tal fue el caso de Uzbekistán, potencia militar centroasiática que hasta el 2005 mantuvo una manifiesta posición pro-occidental (aliado de Washington), y que las revueltas populares en Andijan, en demanda de una apertura democrática, precipitaron un cambio de estrategia y el acercamiento a Rusia, rubricando el acuerdo de defensa ese mismo año.

Junto a la economía y a la seguridad, la energía es utilizada como instrumento por Rusia para complementar las relaciones en su esfera de influencia. En los años noventa, la mala situación económica y la dependencia exterior (inversiones) propiciaron la pérdida del control por parte de la Federación de las principales industrias energéticas. La venta y privatización de dichas industrias dio lugar al surgimiento de una “oligarquía” vinculada al petróleo y al gas y, posibilitó, al mismo tiempo, el establecimiento de grandes transnacionales de la energía que dominaron la producción y la comercialización de los recursos. En su proyecto político y económico de renacimiento ruso, que coincidió con una revalorización de los precios en el mercado energético, el gobierno de Putin recuperó mediante “nacionalizaciones” encubiertas y compañías monopolísticas de propiedad estatal (como *Gazprom* petróleo y el gas; y *Rosneft* petróleo), el control de los recursos estratégicos y las redes de transporte de los mismos. La Federación pasó a ocupar una situación privilegiada en las famosas rutas de la energía como *país de tránsito* (el oleoducto Bakú-Novorosisk) o como inversor (gasoducto Bakú-Tblissi-Erzerum). El uso de la energía como herramienta de la política exterior, es decir el aumento de los precios de los suministros energéticos (gas), la interrupción de los mismos (como sucedió con Ucrania en 2005) o como baza negociadora frente a otros actores (UE) ha generado buenos resultados a Moscú, siendo el Cáucaso el nudo gordiano de esa diplomacia.

Armenia, Azerbaiyán y Georgia: iguales pero diferentes

Para Moscú todas las regiones de su periferia son importantes geopolíticamente, sin embargo, el Cáucaso lo es por encima de las demás. Un criterio empleado a la hora de abordar el espacio ex-soviético ha sido englobar de manera conjunta las cuestiones referidas al Cáucaso y a Asia Central, como una sola área. Este ha sido el criterio utilizado por algunos organismos internacionales y por algunas cancillerías (ambas áreas son gestionadas desde la misma unidad operacional). Si bien esta pauta es útil para los temas referidos

a la energía, ya que como se ha apuntado, ambas regiones “pivotan” en torno a los recursos del Mar Caspio, donde existe un verdadero “complejo de relaciones”, no lo es al examinar los temas políticos y estratégicos. La región caucasiana a diferencia de la centroasiática, está cultural y geográficamente más próxima a la esfera de influencia de Europa y del mundo atlántico. Mientras las repúblicas de Asia Central se dedicaban, a partir de la desaparición de la URSS, a construir su soberanía, sus identidades nacionales, ya que no podían referirse a su pasado pre-soviético como entidades estatales, su organización se basaba en kanatos y federaciones tribales, modelos lejos al del Estado moderno; las del Cáucaso, Armenia, Azerbaiyán y Georgia, iniciaban el proceso de recuperar su pasado y su historia estatal. Independientes entre 1918-1920, y antes del orden soviético, las repúblicas de Cáucaso, por medio de dirigentes e intelectuales establecieron contactos políticos y vínculos culturales con el resto de los Estados europeos, lo que se tradujo en la posibilidad de compartir valores e intereses comunes. De ahí, que se puede hablar de la “diferencia caucasiana” desde el marco regional. Diferencia que, por ejemplo, se traduce en la actualidad en la existencia de una sociedad civil más desarrollada y a nivel político en la presencia de fuerzas progresistas que posibilitan cierto “juego democrático” (de manera más evidente en el caso georgiano) frente a regímenes autoritarios monocolor.

Desde el punto de vista geo-estratégico, también hay rasgos distintivos, el Cáucaso ha sido considerada una región que complementa y proyecta la seguridad europea en distintas dimensiones. Así, Armenia, Azerbaiyán y Georgia son miembros del CdE (cooperación democrática), los tres países conforman una totalidad regional en sus relaciones con la UE (cooperación económica y energética) y de manera individual, han servido para calibrar los instrumentos de la Política Exterior y de Seguridad y Defensa (PESD) (por ejemplo, la Misión de Observación de la Unión Europea en Georgia, (MOUEG, 2008), los tres forman parte de la Asociación para la Paz en el ámbito de la OTAN (cooperación cívico-militar).

Es importante destacar que a su condición de corredor terrestre y aéreo para la gran Asia Central (las cinco repúblicas centroasiáticas, más Afganistán), la región suma la de ser frontera de Oriente Medio y de Irán (que junto al Mar Caspio e Irak complementarían el llamado “arco del petróleo” en torno al Golfo Pérsico). En consecuencia, frente a Asia Central, el Cáucaso y sus repúblicas son tanto para Rusia, como para el resto de actores, piezas fundamentales y de valor semejante en sus percepciones de seguridad.

Si en conjunto la región tiene igual peso para Moscú, la diferencia marca las relaciones individuales de la Federación con los Estados del Cáucaso. Armenia, el más pequeño en extensión de la antigua

URSS, el más densamente poblado y el más homogéneo en población (90% son armenios), es el aliado incondicional de Moscú en la región, que a su vez es doble garante de su seguridad frente a Azerbaiyán, con el que mantiene un conflicto abierto y ante una posible injerencia de Turquía (Estado con el que Erevan está enfrentado por el contencioso histórico del genocidio armenio). Los vínculos con Azerbaiyán, el más extenso de la zona y mayoritariamente musulmán, y con Georgia, el Estado con más grupos minoritarios (osetios, abjazos, adzharios, azeríes), el más inestable, el histórico “enfermo del Cáucaso”, de mayoría ortodoxa, al igual que los armenios, han sido más complicados. Tanto Bakú como Tbilisi, procuraron, con distinto énfasis, desde la independencia, mantener una política exterior propia, privilegiando sus relaciones fuera del marco de la CEI, alejándose de Moscú y mirando a los marcos de cooperación euro-atlánticos. Mientras que el petróleo y cierta “neutralidad” internacional han permitido a los azeríes un margen relativo de autonomía política frente a Rusia (diversificación tanto de inversores y de capitales para la explotación petrolífera, como de lazos diplomáticos), las relaciones con los georgianos han sido de enfrentamiento abierto. El apoyo ruso a los separatistas osetios y abjazos en contra de la integridad del Estado, la política ambivalente de Georgia frente al conflicto en Chechenia (condenando y/o acogiendo a los líderes de la república secesionista, convirtiendo Pankisi, frontera checheno-georgiana en el punto más caliente de la región), la participación de la república en formaciones regionales claramente antirrusas (Organización por la Democracia y el Desarrollo Económico-GUAM), las excelentes relaciones Tbilisi- Washington son indicios de las dificultades de las relaciones entre Moscú y Tbilisi, que les llevarían a una guerra abierta en 2008.

El Cáucaso: los otros actores internacionales

Hay una serie de actores para los que el Cáucaso constituye parte de su historia y cultura y que el fin de la URSS, de la Guerra Fría y la eclosión de conflictos les abre una “ventana de oportunidad” hacia la región. El primero de ellos es Turquía, Estado que ha elaborado una estrategia basada en potenciar vínculos en el ámbito del comercio, las inversiones y la energía (la gran apuesta turca ha sido que la salida de los recursos energéticos pase por su territorio), en el de las comunicaciones (cooperando con Georgia) y en el lingüístico y cultural (enseñanza del turco) para ello ha privilegiado sus relaciones con Azerbaiyán (Estado más próximo culturalmente) y puerta de entrada hacia el área y hacia Asia Central. Si bien Turquía aparece como la segunda potencia militar después de Rusia, comparativamente en este campo, su capacidad de proyección regional es modesta, de ahí que la economía y la cultura sean sus grandes formas de acción exterior.

La presencia no gubernamental en el Cáucaso está ligada a los recursos energéticos y a la presencia de importantes empresas petrolíferas internacionales que trabajan agrupadas en grandes consorcios de explotación, constituyendo un verdadero factor de poder

Un segundo actor es Irán, con importantes lazos con la región ya que ésta formaba parte de la antigua Persia y desde su punto de mira constituye su “Cáucaso Norte”. En su aproximación a la región, ha hecho valer la historia (parte de la antigua Persia), la economía (hay complementariedad en el sector energético entre Teherán y sus vecinos) y la religión para evitar que los turcos sean “los únicos interlocutores” de los países de mayoría musulmana. Aunque la pretensión iraní de extender su discurso islámico revolucionario a las repúblicas del Cáucaso, en especial Azerbaiyán, no encontró la receptividad deseada, debido, en parte, al papel jugado por la “laicización” de época soviética. La seguridad y el mantenimiento de buenas relaciones con sus vecinos, para evitar el aislamiento (es después de la Federación, el Estado que comparte el mayor número de kilómetros de frontera con las repúblicas del Cáucaso) constituyen las bases de la política iraní hacia el área.

Fuera del ámbito regional, Estados Unidos es otro actor que ha definido el Cáucaso en términos de interés político vital (en especial después del 11-S), elaborando, en consecuencia, una serie de objetivos. Estratégicamente, su política pasa por romper el dominio ruso y ser una alternativa de cooperación en el área, limitar la presencia iraní y favorecer y promover el papel turco. Políticamente, persigue favorecer la estabilidad en la región, respaldar la democratización de los Estados y desarrollar “solidaridades” en la lucha contra el terrorismo internacional. Geo-económicamente, su gran objetivo pasa por participar en el control del sector energético (comercio, rutas, mercados), siendo uno de los principales inversores en la región. En el marco de las relaciones bilaterales Washington privilegió sus relaciones con Georgia, un “socio estratégico” en la perspectiva atlántica de seguridad¹, sin descuidar a Azerbaiyán, participando en los principales consorcios de extracción de crudo y gas azeríes (Bakú-Tblissi-Ceyhan; Bakú-Supsa) con paso por territorio turco y georgiano.

Para otros actores, como las organizaciones internacionales el Cáucaso ha sido un verdadero laboratorio de diseño y aplicación de políticas. Su presencia se ha justificado tanto por la gestión de algunos de los conflictos, Naciones Unidas (NNUU) Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), el CdE (refuerzo de la gestión) como por interés geoeconómico-político y de seguridad, OTAN, UE. Por último, mencionar que la presencia no gubernamental en la zona está ligada, como se ha apuntado, a los

¹ Después del 11-S Estados Unidos otorgó a Georgia (junto a Yemén y Filipinas) un lugar estratégico en su lucha contra el terrorismo que respaldó con importantes inversiones económicas y con el apoyo político a los movimientos de democratización (“revolución rosa”). Georgia, por su parte, se alineó en distintos frentes a la política de Washington, como el aporte de tropas a la coalición internacional en Irak y mostró su voluntad de ingreso en la OTAN.

recursos energéticos y a la presencia de importantes empresas petrolíferas internacionales que trabajan agrupadas en grandes consorcios de explotación, constituyendo un verdadero factor de poder, que se suma al resto de componentes de las complicadas relaciones en la región, así como al origen, en muchos casos, de los conflictos existentes y de, manera particular, en la dificultad de su gestión.

Conflictos y tensiones en el Cáucaso: estado de la cuestión

Hoy, la estabilidad del Cáucaso se ve afectada por: un conflicto, aparentemente “congelado”, el que enfrenta a Armenia y Azerbaiyán por el Alto Karabaj, enclave de mayoría armenia en territorio azerí; la tensión latente de las relaciones en Georgia, entre Tblissi y los secesionistas osetios y abjazos, y de Georgia con Rusia; y por el impacto que las guerras en Chechenia han tenido en el Cáucaso Norte como “difusoras” de conflictividad en la región.

El Alto Karabaj

De los conflictos mencionados, el del Alto Karabaj es el más complejo, en sus causas y en la implicación de actores, el más internacionalizado en su posible solución. El origen del actual conflicto del Alto Karabaj, se inscribe, como la mayoría en el contexto de la *Perestroika* (1988) y es el resultado de la voluntad de unión política del Alto Karabaj a Armenia, apoyada en un principio por Erevan, en detrimento de la integridad territorial de Azerbaiyán. Desde entonces existe una confrontación que generó en guerra abierta y que, entre 1991 y 1994, produjo más de treinta mil muertos, un millón de refugiados y la ocupación del veinte por ciento del territorio azerí por parte de las fuerzas armenias del Alto Karabaj.

La naturaleza del conflicto no es percibida de igual forma por las partes concernidas, ni tampoco lo ha sido su solución. Para Azerbaiyán se trata de un conflicto con Armenia, país que ha llevado una guerra de conquista de territorios, siendo en consecuencia un agresor político y militar. Bakú solicita la liberación incondicional de todos los territorios ocupados y el retorno de los refugiados azeríes como solución. Armenia, por su parte, sostiene, que sólo es “una tercera parte interesada” en el conflicto que enfrenta a Azerbaiyán con la autodenominada República del Alto Karabaj, y que tiene como causa el no respeto al derecho legítimo a la autodeterminación de la población del Alto Karabaj, por parte de las autoridades azeríes. Para Stepanakert (capital del Alto Karabaj), el conflicto se inscribe en el ámbito del ejercicio del principio de auto-

determinación, de ahí que cualquier solución pasa por el reconocimiento de la autodeclarada República del Alto Karabaj (1991) cuya independencia ha sido defendida incluso por la vía armada. Dieciséis años después del cese de hostilidades, el alto el fuego de 1994 adoptado merced a la mediación de Rusia, puede hablarse de un conflicto estancado, en el que los intereses de partida de los actores concernidos se han mantenido inalterables, afectando toda solución negociada.

El conflicto ha pasado por diferentes gestores y modalidades de gestión. La OSCE, a la que se incorporan Armenia y Azerbaiyán (1991) será la primera organización responsable de encontrar una salida pacífica, constituyéndose en su seno (1992) un instrumento *ad hoc*, el Grupo de Minsk (agrupación restringida de estados liderados por Rusia y Estados Unidos). La falta de resultados concretos, y con el consentimiento de las partes, la cuestión entraría en la agenda de Naciones Unidas que estableció su gestión conjuntamente con la OSCE (1993). Sin embargo, la acción de las organizaciones se ve eclipsada por el papel adquirido por Moscú, que logrará un *impasse* en el conflicto (1994). La revalorización progresiva que adquiere la región por el petróleo y el gas de las costas de Azerbaiyán, hace que la posible solución al conflicto pase por la actividad y la presión individual de los Estados y de las transnacionales energéticas (por ejemplo British Petroleum, principal inversora del oleoducto Georgia-Turquía) con intereses particulares en el área y no por la actividad de las organizaciones internacionales. Éstas pierden protagonismo a favor de Estados Unidos, Francia, que junto a Rusia, privilegiarán el acercamiento bilateral a las partes en conflicto.

Producto de esta política será el nacimiento de conversaciones cuatripartitas (1997), propuesta ruso-francesa que aceptarán armenios y azeríes y que vinculará a los cuatro gobiernos, estableciéndose, más tarde, las bases de un posible acuerdo, los “Principios de París”(1999-2001), que posibilitaría la entrada de Armenia y Azerbaiyán en el CdE (que apoyará la gestión). Desde entonces, se relanza el proceso de negociación en distintos frentes, la OSCE y el Grupo de Minsk (2004) en el marco del “Formato de Praga” (reuniones puntuales de los dos gobiernos en conflicto en Varsovia, Londres, Moscú, Washington, París), el CdE, sugiere un plan a dos etapas: autonomía provisional y luego decidir el estatuto final (2006); Turquía sugiere un posible acuerdo según el modelo de Naciones Unidas para Chipre (2005). A finales de 2007, el Alto Karabaj, refrenda una constitución que le reconoce como Estado soberano (acto rechazado por la OSCE, la UE y el CdE), complicando y estancando cualquier avance en la solución. El reconocimiento por parte de Rusia de las regiones secesionistas de Georgia, como consecuencia de la guerra de 2008, significó cierto “descongelamiento” del conflicto (generó cierta inquietud en Bakú) ya que posibilitó la firma en Moscú de una declaración conjunta

armenia-azerí de compromiso en retomar y proseguir las negociaciones de paz (reactivación Grupo de Minsk). Sin embargo, no se han obtenido avances sustantivos.

El conflicto del Alto-Karabaj es el que más ha impactado en otros actores de la región que, ya sea por cuestiones político-históricas o por los recursos energéticos (participación en el juego del petróleo y del gas) desean la estabilidad. Así para Turquía, el conflicto es significativo en las relaciones turco-azeríes y turco-armenias. Si bien el gobierno de Ankara ha prestado asistencia al de Bakú (ayuda económica, inversiones en transportes y para la extracción del crudo azerí, aislamiento territorial de Armenia mediante el cierre de fronteras) la diplomacia turca se ha mostrado prudente en las relaciones con su vecina Armenia (el Estado turco fue uno de los primeros en reconocer su independencia y ha fomentado la participación de la república armenia en marcos de cooperación económica comunes como el que nuclea a los países ribereños del Mar Negro). Su política se basa en razones históricas y políticas. En el primer caso, una política anti-armenia clara y definida, podría granjearle problemas con sus aliados occidentales ante la memoria de episodios trágicos en la historia común de armenios y turcos. En el segundo, el reconocimiento internacional de su papel como una potencia regional pasa por cierta aproximación a Armenia, la aliada de Rusia, la gran potencia. En ese sentido, en los últimos años se han producido gestos de deshielo de dichas relaciones: desde el establecimiento de comunicaciones terrestres y áreas entre ambas capitales, 2005, pasando por la visita no oficial del presidente turco a Erevan en 2008, hasta la firma, bajo auspicio de Suiza de un protocolo de acuerdo de normalización de las relaciones (2009), que se ha dejado en suspenso en 2010. Tanto en este conflicto, como en el resto de los de la región, Turquía, ha apoyado todas las iniciativas destinadas a una gestión pacífica y negociada de las mismas (la llevada a cabo por Naciones Unidas, la OSCE, el Grupo de Minsk), reconociendo en todo momento, la hegemonía de la Federación en los asuntos de la región.

Irán también ha mantenido una política discreta respecto al conflicto. Teherán siempre apoyó una solución negociada a la crisis, a pesar de que al principio mantuvo estrechas relaciones con Bakú. Sin embargo, la ideología turcófila y las tesis de creación del “Gran Azerbaiyán” sostenidas por las autoridades azeríes generaron reticencias en el gobierno iraní, motivadas por la existencia de una importante comunidad azerí en territorio iraní (veinticinco por ciento de la población) que no constituye una minoría marginal en la estructura del estado islámico, ya que está implantada en distintos ámbitos de la economía, la política, la cultura y el ejército, y que genera cierto temor separatista.

En relación con Armenia, Teherán se ha ofrecido como aliado para contrarrestar las tendencias turcas y panturquistas que puedan venir de Bakú, contrarrestar la política de las “tenazas” que Turquía y Azerbaiyán ejercen sobre Erevan, y como vía de salida al exterior, al Golfo Pérsico, frente al aislamiento al que está sometido por los dos Estados. Respecto a Moscú, Teherán ha reconocido la hegemonía de la Federación en la región, la responsabilidad en la gestión del conflicto y ambos países han tenido una postura común en contra de la presencia de Estados Unidos en la zona (bases militares en Georgia o la posibilidad de instalación en Azerbaiyán).

Georgia

En el marco de los conflictos, el caso de Georgia, cobra especial significación debido a la particular situación de la república como enclave estratégico en las salida de los recursos del Caspio y por la triple vorágine conflictiva en la que se encuentra inmersa desde su independencia: la que ha padecido en su transición política y en la construcción del propio Estado (guerras civiles y luchas por el poder, crisis económicas, etc.), la que ha enfrentado al Gobierno central con entidades nacionales secesionistas (Osetia del Sur, Abjazia, Adzharia), que ha supuesto una amenaza constante de desintegración territorial, y la que, a nivel internacional, sostiene con Rusia.

Osetia del Sur y Abjazia son las claves de la inestabilidad georgiana. Los dos conflictos son de carácter separatista y en ambos el papel de Rusia ha sido determinante en su derrotero. En el caso osetio (pueblo que históricamente ha estado siempre muy próximo a Rusia), a la proclamación de independencia (1990) de la región seguirá la lucha armada contra el gobierno central (1991), que pondrá fin la mediación de Moscú y la firma de los acuerdos de Sotchi (se establece una Comisión de Control Conjunta (CCC) entre Rusia, Georgia y las dos Osetias, 1992). Se detenía el enfrentamiento militar (3.000 soldados rusos en la frontera garantizaban el cese del fuego) pero no el político (se preservaba la integridad territorial de Georgia, pero se permite conservar a Osetia del Sur su independencia de *facto*).

Desde entonces, una serie de hechos como el abandono de las autoridades osetias de las negociaciones (2004), la celebración de un referéndum de independencia de la región (2006), la voluntad de Georgia de ingresar en la OTAN (lo que desde Rusia se percibe como injerencia en su esfera de influencia), el reconocimiento por parte de Moscú de la región como entidad independiente de Tblisi, la influencia que las guerras en Chechenia tienen en las relaciones ruso-georgianas, abonan el camino a la guerra del 2008, que detona como consecuencia del ataque del ejército georgiano a Osetia del

Sur respondido por Rusia. En la gestión del conflicto ha intervenido la OSCE, apoyando Sotchi, el CdE (desde la entrada de Georgia en 2000), la UE, el Alto Comisionado de Naciones Unidas (ANUR) (se encarga de los refugiados georgianos y chechenos expulsados de la región) y a partir de 2008, las instituciones mencionadas respaldan las Conversaciones de Ginebra entre Rusia Georgia para restablecer las relaciones entre los dos países. Unas conversaciones sin avances positivos, dada la radicalización de las posturas, reconocimiento de Osetia del Sur (y Abjazia) como actores independientes por parte rusa, regiones con autonomía en el marco de la integridad territorial georgiana, por parte de Tblissi. La guerra ha supuesto para Osetia del Sur un agravamiento de la difícil situación en la que se encontraba, ya que económicamente siempre ha estado vinculada a Georgia (fácil acceso y comunicaciones) mientras que con la Federación hay importantes barreras naturales y climáticas. Políticamente, a excepción de Rusia, que les ha concedido la nacionalidad, la comunidad internacional no ha reconocido la independencia de los osetios del sur.

En el caso abjazo, la declaración unilateral de independencia de la república (1992) supone el enfrentamiento armado con el gobierno de Tblissi. El conflicto se decantó rápidamente a favor de los separatistas merced al apoyo de combatientes voluntarios de diferentes procedencia (rusos, armenios, cherkesos, chechenos) que controlaran un año después casi todo el territorio ocupando la capital, Sujumi. La violencia de la guerra ha marcado profundamente a ambas partes (se producen diez mil muertos y se generan más de doscientos mil refugiados, la mayoría georgianos, como consecuencia de la “limpieza étnica” en la república).

La firma de un alto el fuego en 1992 por mediación de Rusia y la gestión llevada a cabo por la OSCE y la Misión de Naciones Unidas (UNOMIG) para observación del cese de hostilidades y negociar una posible salida pacífica no logró avances significativos. El conflicto se recrudece a partir de la política llevada por Tblissi (gobierno de Saakashvili, 2004) en su intento de recuperar la integridad territorial del Estado. Dicha política le dió buenos resultados en Adzharia cuando intentó la secesión, pero la ocupación por parte del ejército georgiano de la Alta Abjazia controlando el desfiladero de Kodoni (2006) abrió nuevamente las hostilidades que culminarían en guerra en la estela de la de Osetia. Tras el ataque ruso a posiciones georgianas, unidades rusas se harán con el control del puerto de Poti (salida al Mar Negro) y Moscú reconocerá la independencia de la república.

La cuestión abjaza también entra en la agenda de las Conversaciones de Ginebra, apoyadas por Naciones Unidas, la OSCE y la UE (la presidencia francesa negocia el alto el fuego ruso-georgiano). A diferencia de Osetia del Sur, Abjazia, con salida al Mar Negro, tiene una

*Los efectos del 11-S
y la guerra contra
el terrorismo
internacional
actúan como
revulsivo y como
justificación de la
intensificación de
la acción y
represión militares
de Moscú sobre
Chechenia*

perspectiva mejor de desarrollo económico (turismo, transportes) y la posibilidad de cierto margen de “autonomía” de diversificación de su política respecto a Rusia (que es en la actualidad, el único gran inversor). En este momento, Turquía, es el actor clave para que la República aminore su condición de “protectorado” ruso (posibles inversiones oficiosas de Ankara, sin reconocimiento oficial alguno). Sin embargo, el gobierno turco, ha sido muy cauto respecto a la guerra ruso-georgiana, en general, y en los casos abjazo y osetio, en particular, su punto de mira es la estabilización del Alto Karabaj.

La intervención rusa en Georgia, como parte de la estrategia para el Cáucaso, persiguió cuatro grandes objetivos. Debilitar la presidencia de la república (el pro-occidental Saashkavili) y la posibilidad, a mediano plazo, de cambio por un candidato afín a Moscú, así como la desintegración territorial del Estado. Controlar los corredores de salida de los recursos del Mar Caspio al Negro, y que la vía de paso rusa, sea una opción por encima de la georgiana (privilegiada desde Occidente). Advertir de su no disposición a la presencia de un cordón de seguridad en sus fronteras como consecuencia del posible ingreso de Georgia (y Ucrania) a la OTAN. Dar a conocer a partir de la victoria sobre Georgia, vista como la consolidación del proceso de refortalecimiento ruso, los principios de la política exterior rusa en la era global, más allá de extranjero cercano. Es decir, el rechazo a la unipolaridad (en alusión a Estados Unidos), la defensa de los intereses rusos a nivel mundial y regional, la existencia de regiones y actores privilegiados fuera de las zonas de frontera (América Latina, Venezuela, China, India, Brasil, Irán, Siria) y la recuperación del interés estratégico que el Mediterráneo y Oriente Medio tuvieron en el marco soviético (Medev, 2008).

Por su parte, tanto Estados Unidos, como la OTAN y la UE, conjuntamente con la denuncia de la agresión rusa (violaba los principios del Acta de Helsinki de 1975), realizaron un llamamiento para una solución negociada (sobre la base del principio de la integridad territorial). Si bien para Washington, Tblissi es el gran aliado estratégico de la región (no sólo por los recursos, sino en la lucha contra el terrorismo internacional), el apoyo frente a la agresión rusa fue testimonial, reconociendo, así, la influencia de Moscú. Lo mismo sucedería con la OTAN (la entrada a la organización de un Estado con conflictos abiertos, sería un socio “incómodo” y con la UE, para la que un enfrentamiento con Moscú, no haría más que complicar las delicadas y disputadas relaciones energéticas (Rusia es el principal abastecedor de gas y petróleo de la UE). El gran perdedor en este conflicto ha sido el gobierno de Tblissi, puesto que si bien pudo alcanzar el objetivo de internacionalización del conflicto, como táctica para intentar mover el *status quo*, en el que se encontraban las entidades separatistas y la presencia rusa en la región, la guerra no hizo más que confirmar la independencia *de facto* de Abjazia y de Osetia del Sur, su

viraje hacia Moscú y la hegemonía de la Federación, además de cerrar toda posibilidad de ingreso en la OTAN.

Chechenia

A diferencia del resto de conflictos, las dos guerras en Chechenia, 1994 y 1999, afectan la integridad de la Federación. En la primera, la república, que declara su independencia de Rusia (1991), logra obtener ciertas ventajas después de la firma del acuerdo de paz de Jasavyurt (1996) que pone fin a la guerra tras la incursión rusa a Chechenia (1994). El acuerdo “congela” el tema del estatuto de la república y en la práctica le transfiere poderes de *facto*. La segunda, se produce como consecuencia de la guerra en Daguestán (enfrentamiento entre Moscú y separatistas islámicos (wahabistas), que amenaza con reactivar el conflicto checheno y, lo que es más grave, extender la conflictividad a toda la región. El peligro del “efecto domino”, sirve de excusa a una nueva invasión rusa a Chechenia, poniendo fin a los compromisos de paz.

Este conflicto presenta importantes diferencias respecto a la anterior, no es leído en clave geoestratégica (las rutas de salida de los recursos energéticos del Caspio ya están diseñadas y Rusia tiene control sobre ellas). Genera escasa oposición en la opinión pública y en las fuerzas políticas rusas, a diferencia de la anterior que aglutina a amplios sectores contra el gobierno. Sin embargo, es utilizada como baza electoral (2000) por el presidente ruso, Putin, recurriendo a la fuerza para poner orden y reforzar la imagen de una Rusia fuerte, con control sobre su territorio y el de su zona de influencia (se intentaba resarcir el sentimiento de agravio y de ridículo sufrido por el ejército ruso en la primera guerra). Tampoco es interpretada desde Moscú en clave separatista, sino de lucha contra el terrorismo. Un consecuencia a señalar de la contienda de 1999 es el incremento del número de víctimas (casi 200.000 muertos) y de desplazados y de refugiados (600.000), que de manera clandestina, se dirigen a Azerbaiyán, Georgia, Ucrania, para desde estos países encaminarse a otros de la UE, posibilitando la formación e implantación de una importante diáspora chechena (que se transformará en un importante actor exterior del conflicto). La situación de inestabilidad se complica aún más con la entrada en escena de otro actor, Georgia, al que Moscú acusa abiertamente de colaboracionismo con los secesionistas chechenos, convirtiéndose la guerra, en algunos momentos en un juego a tres bandas.

Los efectos del 11-S y la guerra contra el terrorismo internacional actúa como revulsivo y como justificación de la intensificación de la acción y represión militares de Moscú sobre la república y los líderes secesionistas. Se logrará imponer un gobierno pro-ruso (Admed

Kadirov y tras su asesinato su hijo Ramzan) y una constitución (2003) que integra a Chechenia al Estado ruso, aboliendo cualquier resquicio de autonomía. Respecto a la posible gestión internacional, ésta ha sido prácticamente nula, ya que desde fuera se ha considerado el conflicto como un asunto interior de Rusia. A pesar de que algunos actores expresaron su inquietud ante los conflictos y las connotaciones que alcanzaban (entre otros, Alemania, Bélgica, Estonia, Noruega y Suecia, CdE, UE, OSCE, esta última tuvo un Grupo de Asistencia) la respuesta a política rusa en la pequeña república, no pasó más allá de la simple condena testimonial, quedándose en mera retórica.

Consideraciones finales

Un acertado punto de partida, a la hora de realizar una valoración del tema abordado, Rusia y el Cáucaso, sería mencionar que “hoy como ayer, el pasado explica el presente”. En efecto, se podría afirmar que para la Federación, como en su tiempo lo fue para los zares y para la URSS, el Cáucaso es la clave de la hegemonía en su zona de influencia, pero fundamentalmente la región que la proyecta nuevamente como potencia mundial en el siglo XXI. Hecho que constituye, lo que se ha denominado la “diferencia caucasiana” en el marco del extranjero cercano. En la línea de la historia, señalar también, como rasgo de continuidad, la tradicional condición del área de “objeto” de las pugnas de poder internacional, a la que se suma, el carácter irredento, en muchos casos, de la región, constituyendo ambos rasgos parte del sustrato de la conflictividad de la región. Los casos analizados, son ejemplos acabados del tipo de conflictividad que tienen lugar en la Europa de post-Guerra Fría. Es decir, conflictos “novedosos”, “resurgidos”, internos y complejos cuya intra-estatalidad constituye al mismo tiempo su atributo distintivo y entraña la dificultad de la gestión. Dentro del amplio espectro de modelos de confrontación existentes en el espacio ex-soviético, el del Alto Kabardaj, Abjazia, Osetia del Sur y Chechenia, son étnico-secesionistas, se producen entre entidades incorporadas o presentes en un mismo Estado. Conflictos que eclosionan, una vez desaparecido el gestor central del espacio en el que existían (URSS), permitiendo la entrada de otros actores con intereses en la zona, y que tienen profundas raíces históricas y complicadas razones geopolíticas que condicionan su evolución y particularmente su gestión.

Los conflictos han puesto de manifiesto, las carencias, los desequilibrios, las “inestabilidades”, susceptibles de generar inseguridad en la región y como la gestión debe hacer frente, no sólo a contener el enfrentamiento militar, sino también a temas como la violación de derechos humanos, los flujos de desplazados y refugiados, el déficit

democrático, la reactivación de la economía, etc., que inciden directamente en las relaciones de la región.

Respecto al papel desempeñado por los actores internacionales encargados de gestionarlos, especialmente organizaciones internacionales, hay que mencionar que hasta la disolución oficial de la URSS (diciembre 1991) se mantuvo el principio de no injerencia en los asuntos internos de un Estado (presente en Naciones Unidas y en la OSCE). Además, de ésta, otras circunstancias explican que las organizaciones se mantuviesen al margen. Una, ya apuntada, la naturaleza de los conflictos, intraestatales, ante los que no había experiencia ni tampoco medios para actuar (códigos, principios consensuados, todo había sido pensado en función de relaciones interestatales). Por lo que, la política que se aplicó fue de carácter meramente reactivo (frente a las crisis, crear instrumentos, incluso *ad hoc*). Otra fue que la región constituía, constituye, parte del “extranjero cercano” de la Federación y se debía contar con su beneplácito para actuar en la zona, tanto desde el ámbito de la OSCE como desde Naciones Unidas. En este sentido y desde 1992 el protagonismo ruso en los conflictos de la ex—Unión Soviética se acrecienta de manera significativa tanto a nivel unilateral, como a través de la CEI. Lo que permite hablar del “factor ruso” para cualquier solución política. En general, los Estados occidentales y las organizaciones han procurado “compensar”, mediante la no intervención o la confrontación directa, la percepción de aislamiento de Rusia, importando muy poco el déficit democrático del Estado ruso en sus relaciones con la región.

Referencias bibliográficas

- Bloed, Arie (2009) “OSCE’s “frozen conflicts” remain volatile”, *Security and Human Rights*, núm.2, pp.175-178.
- Brzezinski, Zbigniew (1997) *The grand Chessboard. American Primacy and its Geostrategic Imperatives*, Nueva York, Basic Books.
- Coppieters, Bruno (1996) (ed.) *Contested Borders in the Caucasus*, Bruselas, VUB University Press.
- Coppieters, Bruno (2001) *Federalism and Conflict in the Caucasus*, Londres, Royal Institute of International Affairs.
- De Andrés, Jesús (2006) “La consolidación de un sistema autoritario”, *Pueblos, Revista de Información y Debate*, núm. 23 (septiembre), pp.6-8.
- Djalili, Mohamed-Reza. (1995) (ed.) *Le Caucase postsoviétique. La transition dans le conflit*, Bruselas, Bruylant.
- Ferrari, Aldo (2008) “¿Una nuova Guerra Freda per il Caucaso? Scenari internazionali dopo il conflitto in Ossetia”, *ISPI Working Paper*, núm. 30, Settembre.
- Fischer, Sabine (2009) “Abkhazia and the Georgian-Abkhaz Conflict: Autumn 2009” *ISS Opinion* (European Union Institute for Security Studies), December.

Haddaji, Yasha (2004) "Les hydrocarbures dans le Sud.Caucase. Grandes manoeuvres autour des ressources de la Caspienne", *Le Courrier des Pays de l'Est*, núm. 1043, mai-juin, pp. 4-26.

Lynch, Dov (ed.) (2003) "The South Caucasus: A Challenge for the EU", *Chaillot Papers*, núm 65 (EU Institute for Security Studies/UE Institut d'Études de Sécurité, Paris).

Medvedev, Dmitry (2008) *Speech at World Policy Conference*, Erevan, France, October 8; <http://www.kremlin.ru.eng/text/speeches/2008/10/08/2159>.

Sainz Gsell, Nora (2002) "Apuntes sobre un proceso en materia de gestión de conflictos en Europa: el Alto Karabaj y las organizaciones internacionales" en C. Flores Juberías (ed.) *Estudios sobre la Europa Oriental*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València [Col.leció Oberta], , pp. 519-542.

Sainz Gsell, Nora (2002) "Conflictos en el Cáucaso: una aproximación a su gestión. El caso de Georgia", *Papeles del Este. Transiciones poscomunistas*, núm. 3, (enero), [Revista electrónica ISSN 1576].

Sainz Gsell, Nora (2008) "Las guerras en Chechenia y las organizaciones internacionales: de la realidad, la retórica y el olvido", en Serra, F. (ed.) *Chechenia. Rompamos el silencio*, Barcelona, Icaria, pp. 131-156.

Taibo, Carlos (2006) *Rusia en la era de Putin*, Madrid Los Libros de la Catarata

VVAA (2009) "Los conflictos del Cáucaso", *Vanguardia Dossier*, núm. 30 (enero-marzo), pp. 85-87.